

PERSPECTIVAS Y RESULTADOS DESPUÉS DE LA CONFERENCIA DE BANDUNG

LA Conferencia que veintinueve delegaciones de otros tantos Estados asiáticos y africanos celebraron del 18 al 24 de abril en la ciudad indonesia de Bandung, no sólo ha podido, tanto antes como después de su celebración, ser considerado el acontecimiento más importante del año respecto al conjunto de los países dependientes o ex dependientes, sino que incluso ha llegado a definirse como «el comienzo de una nueva época en la historia universal». Esta definición, por sus orígenes en la emisora vaticana de radiodifusión, centra con máxima serenidad una cuestión que se encuentra al borde de las mayores polémicas referentes a los equilibrios de grandes potencias y a los bloques mundiales, pues aunque en sus orígenes la reunión de Bandung pareciese un simple episodio parcial de intento de una convivencia entre los comunistas, los demócratas y los neutros de Asia Oriental, los resultados inmediatos y las perspectivas posibles han desbordado los marcos iniciales. Hasta el punto de que ya será imposible tratar a fondo temas africanos y orientales de conjunto sin tener en cuenta documentalmente el precedente de Bandung.

Como antecedente más remoto de las fórmulas afroasiáticas que en Bandung se presentaron con amplitud general, suele citarse la creación desde 1951 del bloque llamado «árabe-asiático», y más tarde «africano-asiático» de delegaciones ante la O. N. U., bloque que en 1953 llegó a agrupar un total de dieciséis de estas delegaciones. Es decir, seis de estados árabes (Egipto, Iraq, Saudía, Yemen, Siria y Líbano), más otras cuatro de Asia meridional (India, Pakistán, Persia y Afganistán), cuatro de Asia sudeste (Birmania, Tailandia, Filipinas, Indonesia) y dos de Africa tropical (Abisinia y Liberia). Aunque en realidad el verdadero origen directo de la «Conferencia de los veintinueve» estuvo sólo en el sector de los cinco países llamados desde abril

de 1954 «potencias de Colombo», es decir, la India, Pakistán, Ceilán, Indonesia, Birmania. Por acciones e iniciativas directas de los jefes de los Gobiernos de los cinco países (es decir, respectivamente, Yawaharlal Nehru, Mohammed Ali, John Kotalawala, Mohammed Sukarno y U. Nu) durante su citada primera reunión de abril del pasado año pensaron en hacer de los cinco un núcleo de contrapeso de equilibrio común de Asia meridional, y en una segunda reunión de diciembre del mismo año ampliaron sus propósitos pensando convertirse también en núcleo central de una convivencia de aquellos pueblos asiáticos y africanos que son, han sido o han podido ser colonizados.

Para ello se convocó por el grupo de Colombo la Conferencia de Bandung enviando invitaciones a todos los países y territorios de Africa y Asia, sin distinción de razas ni de regímenes políticos. Tal heterogeneidad sirvió para que, antes de ser inaugurada, no se comprendiese fácilmente cuál podría ser el denominador común que uniese a países tan alejados y tan diferentes unos de otros. La definición de algún comentarista anglosajón, que pudo presentarla como «coalición de razas de color», no resultaba exacta al tener en cuenta la asistencia de pueblos tan exageradamente blancos como Turquía y Persia y la mayor parte de los árabes, mientras, en cambio, faltaron en Bandung muchos negros y los indoamericanos. Tampoco había «coalición» en lo referente a la común oposición que al tiempo de la convocatoria se notaba entre los convocados respecto al colonialismo, pues esto no representaba tanta hostilidad directa hacia las potencias coloniales como repulsa hacia un régimen al cual muchos asiáticos y africanos culpan el atraso económico de sus masas más numerosas.

La Conferencia de Bandung, cerca de Yakarta, la capital de Indonesia, tuvo lugar (según antes se ha recordado) del 18 al 24 de abril. Entre los veintinueve países concurrentes figuraban, junto a los dieciséis del anterior bloque africano-asiático, otros tres países del sector árabe (Libia, Jordania y Sudán), tres del resto de Oriente Próximo y Medio (Turquía, Nepal y Ceilán), cuatro del Extremo Oriente llamado «libre» (Japón, Laos, Viet-Nam del Sur, Camboya), otro de Africa Negra (Costa de Oro) y dos comunistas de Extremo Oriente (China de Pekin y Viet-Nam del Norte). Entre todas las delegaciones de los veintinueve, el número de delegados fué de unos seiscientos, y para informar de sus actividades concurrieron más de cuatrocientos envia-

dos especiales de prensa y radio, siendo así la reunión de Bandung la más numerosa y espectacular vista en Asia Oriental.

Respecto al tono de las sesiones, lo más saliente de la Conferencia fué que, a pesar de las diferencias que separaban a los países concurrentes, las discusiones resultaron moderadas y correctas, incluso entre los extremos de los países comunistas presentes y de los más afectos a Gran Bretaña y Norteamérica. Las resoluciones finales, que también fueron moderadas, pudieron calificarse de vacuas desde un punto de vista adverso, tanto como de calmantes desde un punto de vista optimista. Lo primero fué porque el comunicado final (aparte una declaración más teórica que activa respecto a que el colonialismo es un mal que debe ser abolido) se resumía en exhortaciones sobre el mantenimiento de la paz, prohibición de ciertas armas y buenos propósitos de fomentar la cooperación afectuosa entre los asistentes, aunque dejando los medios de aplicación para determinarse en una reunión posterior. En cuanto al criterio optimista, éste se ha venido basando durante todas las semanas posteriores y hasta fines de mayo en la afirmación de que la Conferencia ha bajado la tensión de aire bélico en Extremo Oriente, atribuyéndose a la labor de Bandung el que Chu En Lai aceptase resolver cuestiones como la de Formosa por vías de discusión.

En lo referente a la influencia de las deliberaciones de Bandung sobre la política mundial, la línea media establecida se ha aproximado, sobre todo, a las concepciones neutralistas de Jawaharlal Nehru, aunque menos inclinada hacia el sector comunista de lo que personalmente Nehru practica. Es decir, que la idea de convivencia pacífica de los asiático-africanos, con China dentro, que predomina desde el comunicado de Bandung, parece más ventajosa para los comunistas que para los democráticos. Pero sería aventurado y peligroso basarse en eso para incluir los resultados de Bandung en un balance de disminución de los factores de resistencia del llamado «Occidente», pues un análisis puramente objetivo demuestra que si los comunistas pueden aprovechar para mejorar su equilibrio, los puntos flojos coloniales y económico-sociales de los pueblos de antecedentes dependientes, no son ellos quienes han creado dichos puntos flojos.

Sobre este punto puede citarse el testimonio de los antes aludidos comentarios de origen vaticanista haciendo constar cómo: «Los hombres de Estado presentes en Bandung representan a masas populares que forman la mitad de la población del globo, y no se trata de crear un

bloque, sino de introducir a los pueblos de Asia y Africa en la actividad política mundial». Esos comentarios han insistido en que, una vez obtenidas las independencias políticas, es innegable que han de aspirar a influir en el futuro del mundo de modo proporcional a sus importancias numéricas; y añaden que «si el cristianismo no quiere perder su influencia sobre el mundo de mañana, este es el momento de aumentar en esos países la labor». Y tal labor no sólo se refiere a la parte religiosa puramente misional, sino a las normas que la Iglesia católica viene siguiendo de que en países dependientes y ex dependientes su acción no se presente con aspectos de extranjerismos, sino de universalidad, para lo cual trata de ir desarrollando el llamado «clero indígena» y de ir sustituyendo con él en gran parte los cuadros iniciales de eclesiásticos «blancos», tanto en lo religioso como en las instituciones culturales y de ayuda social. Así, si la Iglesia dice «Cristianizar, sí; europeizar, no», trata de que sus principios los difundan los mismos asiáticos y africanos voluntariamente, y que luego sean ellos quienes los pongan en práctica. Eso la hace apta para comprender que en los problemas políticos y político-económicos de Bandung se trata también de que los africanos asiáticos realicen sus propias reincorporaciones.

Así, en resumen, el estado de ánimo general que sirvió de soporte psicológico a la reunión de Bandung fué un complejo de recelo de que los colonizados y ex colonizados no son comprendidos ni bastante tenidos en cuenta a pesar de su número crecido. Por eso en el comunicado final de la Conferencia son muchos los puntos que se refieren a medidas en favor de la igualdad de las razas; mejoras técnicas y culturales para los asiáticos y africanos de zonas poco favorecidas; derecho de pueblos y núcleos nacionales a disponer de sí mismos; ingreso en la O. N. U. de los países africanos y asiáticos que no figuran en ella; concesión de mayor número de puestos a los afroasiáticos dentro de los organismos de las Naciones Unidas; exhortaciones a dichas Naciones Unidas para que apoyen la emancipación de los pueblos dependientes, etc.

De todas estas peticiones y otras no enumeradas puede decirse que son inútiles por demasiado prolijas y sólo verbales, pero no puede encontrarse en ellas nada de revuelta subversiva ni agresiva, pues las reivindicaciones se hacen por medio de tranquilas peticiones y solicitudes por medio del organismo mundial más calificado, e incluso

respecto a los puntos más polémicos (como el de Francia en Marruecos, Túnez y Argelia) se expresa el deseo de una solución pacífica. Así, si la Conferencia de Bandung no llegó a soluciones prácticas, sus resultados no han dejado de ser excepcionales ni de marcar una fecha histórica importante. Porque han mostrado el intento de aportar a la acción mundial el concurso de una parte de la Humanidad que vivía al margen de ella. Y porque se trata de dar continuidad a tal aportación por medio de futuras reuniones consecutivas, de la cual la próxima se celebrará en El Cairo.

R. G. B.

